

SUSCRIPCIONES

Madrid.....	Trimestre, 2,00 pesetas.
	Un año, 7,00 »
Provincias..	Trimestre, 2,50 »
	Un año, 9,00 »

EL PAGO ADELANTADO

Número suelto, 10 céntimos.
Mano de 25 ejemplares, 1,50 pesetas.

EL PARNASO

PERIÓDICO SEMANAL LITERARIO

DIRECTOR: E. RUIZ Y PLA

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencionales en la Administración del periódico.

Toda la correspondencia al Director.

No se devuelven los originales.

Administración: Saca Clara, 2 duplicado.

Se publica los Jueves.

Horas de despacho: de 10 á 12.

DOS PALABRAS

Guiados por el noble propósito de dar á conocer al público los escritos de la juventud literaria, hoy relegada al olvido, sin causa racional, publicamos EL PARNASO, en cuyas columnas hallará el principiante lugar donde hacer sus primeros ensayos, y si la fortuna nos protege, acaso sea el campo de las letras donde se encumbran los que valen y se recompense al mérito con los laureles de la fama.

Hoy entramos en el estadio de la prensa llenos de ideales porque somos jóvenes, pero con la modestia propia del novel artista que al empezar su obra pide alientos para llegar al fin, é indulgencia á la crítica, para que al dar su fallo la juzgue sin dureza. No extrañe, pues, que se reflejen en los escritos de EL PARNASO las experiencias propias de la florida edad de sus autores.

La Dirección, en nombre de cuantos publiquen sus trabajos en estas columnas, saluda afectuosamente al público y á la prensa.

PENSAMIENTO

¿Qué viento la trajo hasta allí? No lo sé. Pero yo vi la flor de la semilla, que germinó en verde guirnalda de hojas, al pie del alto ciprés, que se levanta, como la última columna de un templo arruinado, en medio de la llanura escueta y solitaria.

Yo vi aquella flor azul, del color de los cielos y roja como la sangre, y me acordé de nuestro imposible amor.

Un breve estío duraron los ligeros festones de verdura en derredor del viejo tronco; un breve estío duraron las campanillas azules, y las abejas de oro, y las mariposas blancas, sus amigas.

Y llegó el invierno helado, y el ciprés volvió á quedar solo, moviendo melancólicamente la cabeza, y sacudiendo los copos de nieve, alto, delgado y obscuro en medio de la blanca llanura...

¿Cuántas horas durarán tus risas y tus palabras sin sentido, tus melancolías sin causa y tus alegrías sin objeto? ¿Cuánto tiempo, en fin, durará tu amor de niña? Una breve mañana; y volverá á hacerse la noche en torno, y permaneceré solitario y triste, envuelto en las tinieblas de la vida.

BEQUER.

LETRILLA

¿Quién mata con más rigor?
Amor.

¿Quién causa tantos desvelos?
Celos.

¿Quién es el mal de mi bien?
Desdén.

¿Qué más que todos también
una esperanza perdida,
pues que me quitan la vida,
amor, celos y desdén?

¿Qué fin tendrá mi osadía?
Porfía.

Y ¿qué remedio mi daño?
Engaño.

¿Quién es contrario á mi amor?
Temor.

Luego es forzoso el rigor
y locura el porfía,
pues mal se pueden juntar
porfía, engaño y temor.

¿Qué es lo que el amor me ha dado?
Cuidado.

Y ¿qué es lo que yo le pido?
Olvido.

¿Qué tengo del bien que veo?
Deseo.

Si en tal locura me empleo,
que soy mi propio enemigo,
presto acabarán conmigo,
cuidado, olvido y deseo.

Nunca mi pena fué dicha.
Desdicha.

¿Qué aguarda mi pretensión?
Ocasión.

¿Quién hace á amor resistencia?
Ausencia.

Pues ¿dónde hallaré paciencia,
aunque á la muerte la pida,
si me han de acabar la vida
desdicha, ocasión y ausencia?

LOPE DE VEGA.

LA CAIDA DE LAS HOJAS

En cuanto empieza á tener
matices de nubes rojas
el cielo al anochecer,
y comienzan á caer
de los árboles las hojas;

¡ay! es que ya se avecina
el invierno con presteza,
jes que tras de la colina
se ve huir con ligereza
la viajera golondrina!

¿Ves allá, lejos, muy lejos,
á los cansados reflejos
del sol en el Occidente,
cual murmuran tristemente
aquellos sauces ya viejos?

¡Son las hojas! ¡Triste mall
Del tronco primaveral
se van todas desprendiendo
y van cayendo... cayendo
á impulsos del vendaval.

¡Cubrirán montes y vados
todas en término breve,
dejando desnarramados
los árboles descarnados
cual sombras sobre la nieve!

Por el huracán llevadas
irán inertes y solas.
¡Quizás al ir arrastradas
posarán en las corolas
de las flores marchitadas!

Quizás en mansión sombría
donde descansa lo inerte,
irán á morir un día
formando sábana fría
sobre algún lecho de muerte.

¡Hojas que adornáis con palma
de martirio la miseria!
Sobre la tumba con calma
gestáis adorando el alma,
ó cubriendo la materia!

J. ARROYO DE ÁLDAMA.

ALUCINACION

(RÁPIDA)

Fué una tarde al cementerio, cumpliendo mi visita á los difuntos, y entre los muchos nichos y sarcófagos que vi, hubo uno que hizo fijar mi atención, deteniéndome ante él.

En todos los sepulcros había alguna flor; mustias unas, frescas otras, como acabadas de depositar por compasivas manos; y en la mayor parte de ellas se observaban huellas de dolor; pétalos quemados por lágrimas ardientes, que denotaban el profundo sentimiento de algún alma aribulada.

La tumba que había llamado mi atención, estaba triste, sombría, sola y olvidada: en ella no había ni una flor, ni una hoja, ni una inscripción. Para aquel cuerpo no había otra vida... los demás la tienen, aunque se reduzca á un epitafio de los que le sobreviven.

Me puse á reflexionar quién sería el desgraciado que reposaba debajo de mis plantas, sin un recuerdo en el mundo; y tal tristeza me dió la soledad de aquel sér, á quien negaban hasta los pobres trofeos de la muerte, que sentí amargura en el corazón y en los ojos llanto.

La dolorosa escena me impresionó de tal modo, que caí de rodillas y oré sin darme cuenta: dirigí la vista al suelo y observé con asombro que mis lágrimas se habían convertido en letras de sangre que, al reunirse, decían á mis ojos:

«Aquí yace la vergüenza».

Salí del cementerio y al ver á numeroso gentío celebrar con profanadoras orgías el triste aniversario de la muerte, me convencí de que aquel cadáver de la olvidada tumba, no dejaba en el mundo ni amigos ni parientes.

— JUAN LORENZO.

MELANCOLÍA

Como el pájaro aterido
está en el invierno alevé
aguardando entristecido
que el sol deshaga la nieve
para volver á su nido,
así el hombre, año tras año,
espera que una ilusión
borre, aliviando su daño,
la nieve del desengaño
que le hiela el corazón.

M. MARTÍNEZ.

¡COMPASIÓN!

No me hagas más promesas engañosas, ni fingidos juramentos; no me digas palabras amantes que tu corazón no siente; no más ficticios halagos ni más falsas caricias; que no me vean tus ojos, ni me sonrían tus labios, ni suspire tu pecho por mi amor, ni tengas recuerdos para mí... No vengas, vete pronto; ni con ruegos, ni con lágrimas podrás vencer mi indiferencia. Huye, falsa mujer; no quiero tus abrazos, que ahogan, ni tus besos, que hielan, ni tus miradas, que alucinan; ya que has herido con saña mi pobre corazón, déjale solo exhalar sus quejas, no le tortures sin piedad hasta llevarle á la agonía.

Te di mi alma para que estando con la tuya, fuera por siempre venturosa; y en vez de alimentarla con cariño, has vertido en su profundo seno las amargas heces del dolor; ansiaba constantes alegrías, y tú la has dado tristezas sin fin; en vez de tenerla en señalado puesto, la has guardado en la fibra más pequeña de tu corazón, en la más estrecha, en la que menos palpita; donde apenas llegan los latidos ni se oyen los ecos del amor.

Ya no te adoro, no; á mi afecto contestas con desdenes; á mi fe, con tus engaños; á mis bondades, con tus burlas; no te acerques jamás; vete presurosa de mi lado; pero al huir, déjame el alma, aunque esté enferma y dolorida por tu enojo, que acaso encuentre otra más pura que con bálsamos suaves mitigue mi pesar; y si no, apartada en las sombrías regiones del olvido, morirá en silenciosa calma, y podrá llegar hasta el cielo, libre del duro peso de tus traiciones.

C. BLANCO Y SOLÍS.

¡INGRATA!

Por ella vivo, madre,
¡la quiero tanto!,
que todas sus tristezas
me causan llanto.
Pero, ella, ingrata,
con sus muchos desdenes,
mi dicha mata.

Yo por ella daría
la vida entera,
moriría gozoso
si me quisiera.
Mas me aborrece,
y por ella mi pecho,
gime y padece.

Con su voz armoniosa
me dijo un día,
llena de amor, que nunca
me olvidaría;
yo, la miraba,
y con los ojos, madre,
la acariciaba.

Pero al fin no ha cumplido
su juramento;
ya no me hablan sus labios
con dulce acento;
finge la ingrata,
y con sus mil desdenes,
mi dicha mata...

Ella secó las flores
de mi ventura,
ella es la sola causa
de mi tortura;
y yo entre llanto...
en vez de aborrecerla
¡la quiero tanto!

J. F. CEMILLÁN.

DOLORA

No es sueño la vida, Calderón,
como probar quisiste;
sueño será para el alegre,
martirio para el triste.

A JIMÉNEZ.

¡MADRE!

I
Madre, te puedo cantar,
aunque mi lira esté muda
y no me preste su ayuda
para tu nombre ensalzar.
Del arpa no he de sacar
las notas de mi canción;
pero, si alegres no son...
llegando á tí, madre mía,
serán del alma armonía
y arpegios del corazón.

II
Madre, expresión de ternura
que todo lo humano encierra;
rumor que viene á la tierra
desde la celeste altura.
Imagen hermosa y pura
que en la virtud resplandece;
nombre que siempre ennoblece
y es sin cesar repetido...
lo dice el niño dormido
cuando en la cuna se mece.

III
Madre, es fatal que está lleno
de una pasión que es eterna;
madre, es la fibra más tierna
que guarda el alma en su seno.
No hay sér que de ella esté ajeno,
pues tienen madre amorosa
la abeja, la mariposa,
los pajarillos cantores...
hasta la tienen las flores,
que tú por eso eres Rosa.

IV
En tu materno regazo,
cuando era inocente niño,
siempre me dabas cariño
con el calor de un abrazo:
unidos en santo lazo
con solo tu amor vivía,
y con ciega idolatría
juntamos los corazones,
que destilaban pasiones
para los dos, ¡madre mía!

V
Hoy que han pasado los años
más dulces de mi existencia
con sus sueños de inocencia
y sus pueriles engaños,
aún noto signos extraños
de ardor en mi frente impreso;
y es que en amantes excesos
con tus labios los pusiste
cuando en la cuna me diste
tus ardentísimos besos.

VI
Aún con la misma efusión
me besas con ansia loca,
para que beba en tu boca
la más ardiente pasión.
Cifras tu sola ilusión
en verme siempre á tu lado;
y por tu amor alentado
la humana carrera sigo,
que yendo, madre, contigo,
no puedo ser desgraciado.

VII
Pero si en triste agonía
me ves, por desdicha, fuerte,
y de tu lado la muerte
me aleja con saña impía,
muero feliz, madre mía,
si ante mis ojos estás,
pues un beso romperás
entre mis labios de hielo,
y de un beso tuyo al cielo
hay, madre, un paso no más.

E. RUIZ Y PLA.

PENSAMIENTOS

¡La muerte! He ahí el premio de nuestra vida.

Son tantas las miserias de la tierra, que para
crear en Dios, me hace falta mirar al cielo.

Vale más un grano de trigo en los campos,
que un diamante en la regia corona de un monarca.

La civilización es el espejo de los pueblos.

Cuando muere un niño, sonrío Dios; cuando
muere un viejo, alégrese Satanás.

No quiero la dicha, por no dejar morir la es
peranza.

J. L.

ENTRE SCILA Y CARIBDIS

Cruzando el mal del dolor cuando huérfano me vi, dije: «Me amparo al amor», y en el escollo traidor del desengaño me hundí.

Viéndome en tal ansiedad, «Puerto es de fe la amistad», feliz al puerto bogué; pero, ¡ay!, también naufragué y hundíme en la falsedad.

Y desde entonces advierte mi triste razón perdida, combatiendo con la suerte, que es el puerto de la muerte la salvación de la vida.

F. PÉREZ ECHEVARRÍA.

RETAZOS

En el cementerio, ayer, contemplé su sepultura, y aquella hermosa figura parece que volví á ver; no puede existir mujer que logre igualar su encanto, y la quise tanto, tanto, que al recordarla mi mente, mi corazón tristemente se va anegando con llanto.

Cuidaba con gran cariño las flores, en su balcón, y al saberlo Dios, su tumba en un jardín convirtió.

P. BAÑOS.

Menudencia.

Un estudiante muy gordo se halló con otro como él, y le dijo: —Me he apostado una cena en el Inglés á que entre cuatro no pueden ponerme en suspenso.

—¿Qué? —¿Que no pueden entre cuatro? —¡Pero hombre, no han de poder! Más gordo que tú soy yo (según palpable se ve), y acaban en este instante de suspenderme entre tres.

R. SANTOS.

DESESPERACIÓN

Al final de una populosa barriada de Madrid, existe una casa de aspecto, más que humilde, basta mirarla, siquiera sea con los ojos de la indiferencia, para experimentar en el alma esa dulce simpatía que inspira siempre la desgracia, y adivinar que sus moradores son pobres y sencillos.

En ella habita una mujer llamada Magdalena, que debió ser hermosa en su juventud, á juzgar por los delicados y casi perfectos rasgos de su fisonomía, desfigurada más por el sufrimiento que por la destructora mano de los años.

Hace poco tiempo que murió su marido, dejándola una preciosa niña de seis años, llamada Virginia, que, si fué no hace mucho el encanto de su padre, hoy es el ídolo de la pobre Magdalena, y la encargada de dulcificar con sus infantiles mimos su acibarada y misera existencia.

Una noche en que Magdalena se disponía á salir á la calle en busca de alimento con que poner la modesta cena de costumbre, se puso la niña repentinamente enferma, y la pobre madre corrió presurosa á la Casa de Socorro, en busca de un médico que prestara á su hija los auxilios de la ciencia.

No tardó en presentarse el doctor en la modesta casa, y después de reconocer escrupulosamente á Virginia, manifestó á la madre, con esa sombría gravedad propia de algunos de los discípulos de Galeno, que á la niña la restaban muy pocas horas de vida.

Cuando Magdalena se quedó sola con su hija, ésta, á pesar de lo enferma que se hallaba, mostró deseos de que la llevaran un sencillo juguete que el día de su cumpleaños le había regalado su padre, hecho por él mismo, y que la pobre viuda guardaba escondido con el cuidado y el respeto que merecen los recuerdos de los seres queridos que la muerte nos arrebató; como se guarda, en fin, una reliquia.

Magdalena, después de incorporar un poco en la cuna el cuerpo de su hija, y de reclinarse suavemente, corrió á buscar el juguete que anhelaba, no sin antes imprimir en su frente, pura como la de un ángel, un fuerte beso maternal.

Cuando regresó Magdalena ya no estaba Virginia en la posición que aquella la dejara, pues tenía ligeramente inclinada hacia un lado su cabecita rubia y cruzadas sobre el pecho sus diminutas manos.

Ante aquel espectáculo quedó parada en el lintel de la puerta, horrorizada y muda de espanto; y sin verter una lágrima, tal vez porque en sus ojos se habían extinguido, avanzó hacia la cuna de su hija, y lanzando un grito de dolor, cayó desplomada sin sentido sobre el pavimento de la alcoba.

El silencio sepulcral que por algunos momentos reinó en aquella lúgubre estancia fué interrumpido por una débil queja de Virginia, que parecía llamar á su madre, y ésta, al oír la apa-

gada voz del sér más querido para ella, se levantó con rapidez del suelo, y al ver que su hija aún alentaba, corrió á una alcoba próxima, y ante una imagen de la Virgen murmuró una breve oración como implorando piedad.

Cuando Magdalena volvió al lado de su hija los pronósticos del doctor se habían cumplido. ¡Virginia estaba muerta! La amargura de aquella infeliz madre al ver la triste realidad fué indescriptible: besó repetidas veces el cadáver de su hija, pronunció frases incoherentes, dirigió la vista al cielo como queriendo recriminar á alguien por su horrenda desgracia, y lanzando, loca de dolor, una gran carcajada histérica, aplicó su boca sobre la de Virginia, cual si tratara de vivificar con el aliento su helado rostro, y estrechó su cuerpo, anhelante y convulsiva, como para volar con ella en brazos de la muerte.

M. PARDO.

Instantánea.

En misa se conocieron, en la calle se encontraron, frases de amor se dijeron, en el altar los unieron y en casa... se divorciaron.

L. S. DE QUIRÓS.

EL POETA Y LA FORTUNA

La aurora con su túnica gris, esclarecía el espacio y brillantaba con delicados matices el rocío de las flores: el mar, tranquilo y mudo, parecía un ancho espejo donde se reflejaban los ya tibios rayos de la luna: las aves entonaban sus primeros trinos en la solitaria selva: el sol dejaba entrever en las cumbres de las montañas sus primeros resplandores, como anunciando el próximo día: la Naturaleza toda despertaba, para presentar las ricas joyas de su teatral paisaje: era el escenario del poeta.

Con la mirada fija en el horizonte, como para ver en sus detalles la arrogante presencia del astro de oro y fuego; tendido á lo largo en la arenosa playa, y con la cabeza apoyada entre las manos, pensaba el vate en dulces alegrías, en ideales encantos; su imaginación se forjaba ese mundo de ilusiones de que se nutre el alma; lo imposible aparecía en su mente con los vivos colores de la realidad; más que dar rienda suelta á su fogosa fantasía, dejaba vibrar el pensamiento con vigorosa fuerza, para después adormecerle con las suaves caricias de los sueños.

La fortuna, hermosa reina, que siempre veía á gran distancia, sin poder admirar sus hechizos, era, cuando sonaba, su tenaz pesadilla. Tan bella, tan rica, tan gallarda; con esa grandiosidad que encanta y que subyuga; adornada con espléndidas joyas que parecían formar en su cuerpo una sola diadema de originales pedrerías; con su corona refulgente como montón de estrellas y su ropaje blanco, seducía al poeta que ansiaba cogerla entre sus brazos; pero ella, siempre altiva y arrogante, se alejaba, guiando con presteza á los corceles de su triunfal carroza.

Cuando el poeta despertó de su tranquilo sueño, vió entre la espuma de las ondas una figura hermosa con pechos de sirena y cabellos rubios como el oro, la imagen de la Fortuna que anhelaba, y loco de amor por alcanzar su bien, se arrojó al mar sin despojarse de sus ropas, y atravesando á nado la corriente, se fué internando en el Océano, persiguiendo á la reina de sus ansias.

Al fin se acercó á ella, mas al querer besar su nacarada frente, huyó la imagen presurosa, viéndose á poco sorprendido el poeta por una ondina de los mares que le cerraba el paso. La abrazó fuertemente creyendo que era la Fortuna, y al exclamar gozoso «ya eres mía», abrió los ojos con anhelo para admirar sus encantos y vió á la reina de las ondas que le decía sonriendo:

—¡No seas loco!

SEGISMUNDO.

¡Así son todas!...

Me dijiste que sí, que me que ías; que tu pasión ardiente sólo en mí la cifrabas, y juraste con ansiedad, mil veces, que tan sólo en el mundo yo sería tu dueño, hasta la muerte. Y besando tus labios sonrosados que destilaban... «mieles», los cerré con el ósculo tranquilo que á la pasión envuelve; y creyendo tus frases, me decía, me adora, sí, ¡no mientel...

Luego sufrimos de la triste ausencia los rigores alevés, y en sus cartas noté que se mostraba conmigo indiferente; y mandándola un beso en mis renglones, al decirle, «¿me quieres?»... en los suyos miré, que contestaba, tan sólo entre desdenes. Y más tarde pensando en sus promesas con el alma doliente... me dijo el desengaño: «no te fíes jamás de las mujeres, pues sólo dicen la verdad á medias, y es... cuando no la sienten».

R. P. Z.

AMOR DE MADRE

Era de noche. Una de esas noches de invierno, oscuras, frías, tormentosas, en que el granizo cae en abundantes piedras sobre las toscas techumbres de los albergues campesinos, el trueno aterra con sus sonidos broncos, y sólo la luz de los relámpagos ilumina á intervalos aquel valle de tinieblas en que viven unidos por la escasez y la desgracia los vecinos de dos pueblos tristes y melancólicos, apartados del mundo sin otra ley que la conciencia, sin más derecho que la vida, ni más castigo que la muerte.

En una de las medrosas calles, convertida en río por la incesante lluvia, hay una humilde choza, vieja, desvencijada con ese aspecto del hogar del pobre, lastimoso y triste, y en la cual sólo reinan la soledad del abandono y el malestar de la miseria.

Allí vive Dolores, la viudita, como la llaman los del pueblo; pobre, angustiada, envejecida, sola en la choza y en el mundo; sin padres, sin hijos, sin esposo, sér que nació para sufrirlo todo, sin nadie que flore junto á ella ni la consuele en sus quebrantos.

Entre aquellas paredes húmedas y heladas, pasa los rigores de la vida rezando por los seres que perdió, ante una imagen de la virgen, única joya que conserva en un marquito roto, pero limpio, bajo un cristal que lava con sus lágrimas y seca con sus besos.

Al acabar sus rezos de aquel día, oye entre el sordo ruido que produce la borrasca una voz apagada y débil como quejido de ave... suspiros de un niño que llama á su madre con notas de dolor y que fué abandonado en aquel sitio por una de esas reinas de la orgía, sin honra ni conciencia.

La pobre viuda, que atenta escuchaba por uno de los huecos de la choza, sentía llegar hasta su alma aquel nombre, bendito para ella, que encerraba una vida de ventura; y medrosa y sin tino, por la obscuridad de la noche y el horror de la tormenta, se acerca vacilante hacia el umbral de su casita, donde el infante sollozaba, y extendiendo sus manos bondadosas para coger aquel cuerpo inanimado que repetía el nombre maternal, se le acercó á su pecho amante y convulsiva, y entrando en el hogar entristecido por la pena, que desde entonces era regazo cariñoso, le tapó con los andrajos del pobre, que también calientan cuando son de madre, y al calor de los besos de Dolores, llenos de amor y de dulzura, el niño alentaba y sonreía, y con sus manitas temblorosas acariciaba el rostro de la viuda que gozosa le miraba, como si aquel escualido angelito fuera un tesoro de alegría que la virgen la enviara para mitigar sus penas.

Cuando al siguiente día fué la pobre Dolores á casa del cura de la aldea para contarle lo ocurrido, éste, bajando pausadamente la cabeza, después de un breve pensamiento que todo lo abarcaba, meditó largo rato, mientras la viuda, fija su mirada en el niño y sintiendo en su alma un amor tan nuevo como ardiente, decía con tono humilde, pero hermoso, ¡yo seré su madre!

Y después de cruzarse entre los dos esas frases que encierran un mundo de dudas y de lástimas, extendiendo la mano el sacerdote, la bendijo en nombre de los buenos corazones, y ella, con paso acelerado, alegre y sonriente, regresó á su choza, acariciando en el trayecto al niño que ya era feliz en su desgracia; porque si el vicio deshereda, la virtud ampara.

CÉSAR Q. LEIBA.

CANTARES

Mereces una limosna aunque por pródiga pasas, no hay pobres más desgraciados que los que son pobres de alma.

Si serás coqueta á veces, que hasta te ríes sin ganas para que te vean los dientes.

Pienso tanto en tu cariño, que alcanzarle es mi ideal: por eso cuando no duermo es cuando sueño yo más.

Yo siempre habré de quererte pero algo tendré que odiarte, cuando me case contigo y hagas tu suegra á mi madre.

CELSE A. DE LA TORRE.

¿Para qué me sirve el sol, si me alumbras con tus ojos cuando sales al balcón?

Tengo grabada tu cara delante siempre de mí, por lo cual, aunque no quiera, me acuerdo siempre de tí.

¡Cuánto te habrán dicho ya: «Es usted más hermosa»... y te han echo la verdad.

El corazón tengo ardiendo con el fuego del amor, riégalo con tu cariño para calmarme el dolor.

ALEJANDRO CALLEJO.

CUENTO GITANO

En la feria de Alcorcón compró un gitano un borrico, que, además de feo y chico, era basto y matalón. Tal hambre! bicho tenía, y eso que estaba sano, que iba arrinando al gitano por lo mucho que comía; y cansado de pagar tantos costals de paja, dijo mirandá su alhaja que engullían cesar: —Yo te arreglaré, jumento; así no puede seguir, voy á enseñarte á vivir sin que tome alimento. Y desde entonces el tío ni una hierba le dejaba, y el pollino bestezaba ante el pesebe vacío.

Pasó un día, otro día, y el «miserable animal», ¡claro!.. se halaba tan mal, que ni tenerse podía. Y de hambre legó á morir, no sin que tiempo pasara, que hacer al tío pensara en que un siglo á vivir. Entra en la cuadra el gitano, y al ver echado al pollino, dijo: «Levántae, indino, que hay que sair muy temprano».

A él se acerca con afán; por todas partes le mira, y viendo que no respira, dice á otro viejo chalan: «¿Qué pena, compare míol! ¡Misté que el anse es tremendo! ¡Cuando se estaba jasiendo á no comé, sa morió!»

H. N. LLERA.

LOS REYES MAGOS

Marcela era una hermosa niña de seis años, alegre, vivaracha; con unos ojos todo fuego, que entornaba con gracia inimitable, como si ya estuviera en la feliz edad de los amores.

Sus padres, que la adoraban con locura, se veían precisados muchas veces á regalarla halagos y caricias. Habían recogido en su casa á otra niña, huérfana y pobre, y para no darla celos peligrosos, repartían sus besos y abrazos entre ambas; y así vivían contentas y dichosas, sin que turbara sus afectos la miserable envidia.

Las dos esperaban con viva ansiedad el día de Reyes, para recibir los consabidos regalos; pero el padre de Marcela, que llegaba por la noche de terminar un negocio importante que tenía fuera de Madrid, preocupado en sus asuntos, primero, y ansiando después llegar cuanto antes á su hogar, dió al olvido lo que en años anteriores fácilmente recordaba.

Cuando llegó el padre de Marcela, ésta dormía apaciblemente en su dorada cuna, y aquél se limitó á darle un beso en la frente, haciendo lo mismo con la pobre Carmen (que así se llamaba la desgraciada huérfana); retirándose luego á descansar en compañía de su esposa, que le había recibido con los brazos abiertos y que amante le escuchaba, como el día feliz que se juraron amor ante el altar.

Preocupada Marcela con los Magos, despertó á media noche y levantándose airosa y diligente, se puso en acecho, para ver la majestuosa llegada de los Reyes. Cansada de esperar, se dirigió al cuarto de sus padres, y al escuchar que hablaban, se volvió presurosa hacia el balcón, como si temiera ser descubierta al respirar tan sólo. Después de largo rato, apartó los visillos y vió en uno de los rincones una caprichosa mucheca que había colocado para Carmen, la única persona de su familia que en el mundo la que-

daba; y sin vacilar un instante, la cogió, creyendo que era para ella, y, dominada por el cansancio, se retiró á su cuna, quedando dormida al poco tiempo, abrazada á su nueva compañera.

Al día siguiente, Marcela lloraba sin consuelo, porque Carmen la había quitado la muñeca; y aunque sus padres trataron de calmarla, prometiéndola otra más bonita, ella no cejaba en su empeño de recuperar cuanto antes la que era objeto de sus ansias. Para convencerla, la indicaron que las niñas que no respetan el deseo de los Reyes, no recibían de éstos más regalos, y que pronto perdían su gracia y su hermosura; y al decir ellos que la muñeca la había dejado para Carmen, ella con vigoroso arranque, no exento de malicia, contestó de pronto á sus mayores:

—Vosotros habéis estado toda la noche en vuestra alcoba, y no habéis visto á los Reyes como yo, que les oí decir con voz muy fuerte... «Esta es para Marcela».

S. COLL Y MIRANDA.

El águila y el caracol.

FÁBULA

Vió en la eminente roca donde anida el águila real, que se le llega un torpe caracol de la honda vega y exclama sorprendida: —¿Cómo, con ese andar tan perezoso, tan arriba subiste á visitarme? —Subí, señora, contestó el baboso, á fuerza de arrastrarme.

HARTZENBUSCH.

CUENTO

Un chino mató á un cubano, mostrando tan fiera saña, que fué condenado á muerte por la Audiencia de la Habana.

Le pusieron en capilla; y antes de la «hora nefasta», á verle fué un sacerdote para rezar por su alma.

Por darle el cura consuelo y fuerzas en su desgracia, con gran convicción decía: —¡Oh, que ventura te aguarda!

Pronto podrás, hijo mío, gozar de la eterna calma.

El chino, poco conforme, de reojo le miraba; pero guardaba silencio por respeto... á las sotanas.

Mas cuando el cura le dijo: jirás á la Gloria santa!

¡qué dicha tan grande, hermano, quién como tú se encontrará..., él, sin poder contenerse, le respondió: ¿Tu qué cambia?

S. CASTRO DEL VAL.

¡COQUETA!

Era Adela una criatura verdaderamente angelical. De mediana estatura y talle esbelto; reunía á una figura arrogante, el poder engañador de unos ojos negros y expresivos. No era pequeña su boca; pero ella sabía contraerla y plegarla con tal gracia, que había llegado á convertirla en uno de los principales encantos de que estaba adornado su hechicero rostro. Mas con todas estas bellezas físicas y las morales, que eran muchas, Adela tenía un defecto, un vicio, mejor dicho; el mayor y más censurable que puede tener una mujer: Adela era coqueta. Esto lo sabía ella, y lejos de procurar corregirse, gozaba sobremedida cada vez que sus vituperables artimañas la proporcionaban ocasión de burlarse del sexo feo.

Su paso menudito y suave, su provocadora sonrisa y su mirada insinuante eran los medios de que principalmente se valía para conseguir sus fines.

¡Cuántos corazones tenía aprisionados en el corto trayecto que mediaba entre su casa y el obrador! pues hay que advertir que Adela era modista. ¡Cuántos volcanes encendía en incautos y juveniles pechos, cuando al atravesar una calle, se recogía airoosamente la falda, dejando ver el nacimiento de un pie diminuto, lindamente calzado, y los tentadores bajos de sus blanquísimas enaguas! ¡Cuántas pasiones había alentado sólo con entornar sus retrecheros ojos!

Y luego, ¡cuántos desengaños para los infelices adoradores!

Entre estos últimos se contaba Luis, apreciable joven, dotado de excelentes cualidades. Ella supo entreterle, alimentando sus esperanzas, y cuando el pobre chico creía llegado el momento de alcanzar lo que tanto anhelaba, cuando esperaba ser correspondido, la impía dejó de prodigarle sus aparentes favores para ir á ofrecérselos á cierto aristocrático joven, de quien no tardó en cansarse, yendo igualmente su nombre á aumentar la interminable lista de sus amantes burlados.

A todo esto, Luis, cuyo amor hacia Adela era

tan grande como sincero, al verse por ella despreciado, cayó en una melancolía tal, que más de cuatro veces la idea del suicidio acudió á su perturbada mente. Por fortuna, la luz de la razón, que en aquellas fatales circunstancias parecía haberle sido negada por completo, brilló en su cerebro á tiempo de evitar una catástrofe. Entonces procuró olvidar á la ingrata, y aunque la historia no dice si en definitiva lo consiguió, no sería aventurado suponer que así sucediera, con la ayuda del tiempo, único y excelente lenitivo para esta clase de dolencias.

**

Ha transcurrido mucho tiempo, y Adela (sombra tenue de la linda modistilla de antaño) continúa soltera, lo cual no debe extrañar, porque es el destino de toda coqueta. Se pasan lo mejor de la vida, ofreciendo «en broma», su corazón á unos y á otros, y resulta que al llegar á cierta edad, cuando le ofrecen «de veras», nadie le quiere de puro manoseado.

Hoy llora Adela sus ligerezas de ayer, y al invocar recuerdos de cosas que pasaron, no puede menos de pensar en aquel infeliz mancebo, cuyo pecho tan injustamente laceró. ¡Con cuánto placer le daría el dulce nombre de esposo! Estos pensamientos amargaban la vida de Adela y minaban su en otro tiempo robusta naturaleza hasta tal punto, que no pudiendo resistir el peso abrumador de los recuerdos, cayó enferma; y á poco expiró, sin tener á su lado una persona querida que recogiese su postrer aliento.

**

¡Tram! ¡Tram!

—¿Quién llama?—preguntó una voz vibrante y varonil, cuando el eco de los aldabonazos se hubo extinguido en la inmensidad de la bóveda celeste.

Y otra voz, que parecía de mujer, respondió del otro lado de la férrea puerta.

—Un alma pecadora que pide ser recibida en la mansión de los justos.

Entreabrió San Pedro la mirilla, y púsose á contemplar en silencio á la persona que se atrevía á importunarle. No debió quedar muy satisfecho del examen el venerable santo, pues en lugar de franquear inmediatamente la tan deseada entrada, procedió á asegurarse de si estaban bien corridos los cerrojos, con un aire no exento de inquietud.

—Bien, muy bien—continuó—; tu deseo es loable; pero ante todo, sepamos quién eres.

—En la tierra, de donde vengo, me llamé Adela Pérez.

—Adela... Pérez... Pérez...—repitió San Pedro, poniendo en tortura su imaginación.

Y dándose de pronto una palmada en la rugosa frente, exclamó:

—¡Ah! ¡sí!... Se trata de una modistilla algo ligera de cascos...

¡Justo! Tú has dado mas de cuatro desazones allá abajo. Y en verdad que esto, unido á los demás antecedentes que de ti tenemos, me ponen en el duro trance de negarte la entrada.

—¡Por piedad!—baluceó ella—. Déjeme usted pasar, siquiera sea en gracia á mi arrepentimiento.

—¡Bah! Tu arrepentimiento es bastante discutible.

—¡En nombre de Dios!

—¡Imposible! ¿No comprendes, desgraciada, que si te dejas pasar me vas á pervertir á los Apóstoles? Las coquetas no tienen cabida en el reino de los cielos.

En vista de semejante negativa, decidió Adela emplear en el asalto aquellas armas que tantos triunfos la habían proporcionado en vida. Pero apenas se apercibió de ello el Divino Portero, santiguóse devotamente, murmurando:

—Señor, no nos dejes caer en tentación.

Y cerró de golpe el ventanillo, mientras la pecadora, avergonzada de su derrota, huía precipitadamente de aquellos lugares, cuyo ambiente purificador pesaba sobre ella como losa de plomo.

ANTONIO POLIDURA.

ENTRE MALETAS

—Hola, Tábano.

—Adios, Mosca.

¿Qué te dices?

—Pus ná, chico,

que me marchó pa la Habana mu pronto, porque m'án dicho que allí dán mucho dinero por matar dos ú tres bichos, y aquí no dán cuasi nada por matar «un veinticinco».

—Pus yo me estaba en Madrid aunque no hubiese pa pitos; porque hay que pasar el lago, y en cuanto ves al castillo del Morro, si á mano viene, te da el «vómito amarillo» y pués estirar los remos como un toro de Biencinto, cuando le da un bajonazo cualesquiera del oficio.

—Yo no me ando con pamplinas; na, Mosca, estoy decidido; y lo que más me detiene es que no encuentro ni á tiros un peón que se las traiga, como yo, si vale el dicho.

—Escucha un momento, Tábano:

Ya sabes que soy un tío con el capote.

—Lo sé.

—Pus puedes contar conmigo, si soy útil.

—¿No ojetabas

hace poco, que era un primo porque pensaba?...

—Corriente:

sé que es mu malo el camino; pero aunque pase fatigas, ¡por verte sin compromisos!...

J. J. SALCEDO.

¿EL SIGLO XX?

Han pasado diecinueve siglos (más ó menos completos, según las opiniones de los sabios) y todavía la Humanidad no sabe en qué época vive; lo cual demuestra que es un mito eso de la madura experiencia de los años.

En los hogares, en los cafés, en las oficinas y en los círculos, discuten acaloradamente grandes y chicos, el arduo problema que trae preocupados hasta á nuestros más serios gobernantes.

Unos dicen que empezamos el siglo xx con el mes actual; otros aseguran que aún no ha acabado de pasar el xix; y en estas discusiones nos hallamos todos «cogiendo dieciocho».

¿Por qué no se ha de partir la diferencia?

El presente año será oficialmente «natural», según acordaron en las Cámaras los respetables padres de la patria; y el siglo xx ha de serlo por fuerza... hasta que no sea reconocido.

¿Cómo se van á poner de acuerdo las naciones en asunto que tanto interesa á la Historia? Inglaterra, por ejemplo, dirá que los boers entraron en Ladysmith el siglo xix; y éstos acaso graben en sus bronces con letras de oro la fecha de las victorias conseguidas en los comienzos del xx.

¿A qué historiador deberá crear la futura generación cuando lea en diferentes libros que un mismo hecho tuvo lugar en siglo diferente?

¡Harto sea que en España no prospere la idea de nombrar en seguida comisiones para que en lugar oportuno y ante quien corresponda presidir, se dilucide en breve plazo el engorroso asunto.

Nosotros, como jóvenes, y por lo tanto, con menos experiencia, nada podemos decir que sea positivo: reservamos nuestra opinión hasta el siglo xxi, al cual llegaremos tal vez, si á un sabio se le ocurre decir en cuanto pasen siete lustros que en 1935 damos fin al xx.

Por hoy sólo diremos lo que Gedeón al contestar á indicaciones de su hijo:

—Papá, me ha dicho la criada que ha llegado el siglo xx.

—Dile... que pase.

CARTA ABIERTA

Tres meses hace, María, que estoy sin ver tu semblante, y eso para un estudiante resulta una tontería.

Desde el día en que te vi con tanta fe te he seguido, que sin duda te has creído que estoy «guillado» por ti.

Comprendo que me chillara si fueras una hermosura, pero con esa figura... ¡y sobre todo esa cara!...

¿Que tu me guardas rencor, y que ya nada me quieres? Hay, chica, muchas mujeres, á las que hacer el amor.

En cambio tú... ¡qué castigo! hallarte siempre soltera. ¡Vamos, niña, que cualquiera se atreve á cargar contigo!...

Desecha aquella ilusión, mas no tengas sufrimientos, pues mientras haya conventos tendrás... una solución.

Contrariando mi deseo pensaste darme un disgusto; pero yo, con mucho gusto, te mando al punto á paseo.

Nadie será tu consorte, pues nunca te has de casar... Es repulsivo tu porte, te doy, pues, el pasaporte, no te puedo soportar.

C. OSMA Y NAVARRO.

HISTÓRICO

Dos infelices paletos fueron al Real una tarde, y después que les llevaron por cada entrada seis reales, leyeron en el cartel que daban la ópera Carmen. Y uno de ellos exclamó: —Recontra, caro me paice, sólo por ver una moza, viéndolas fuera de balde. Entran por fin, y por poco se pega el que iba delante contra el espejo; llegaron al paraíso, jadeantes, y después en lo más alto consiguieron colocarse. Todo les causaba asombro, y al llegar el concertante uno dice: —Pero chiquito, miá tú que la cosa es grande, ¿pá qué cantarán los juntos? —Pus, rediez, pá acabar antes.

D. LL. ALMAZÁN.

PASATIEMPOS

CHARADAS

La primera con segunda, es capital «extranjera», tercera primera, verbo... y cuarta prima: ... y primera... Tercera cuarta, apellido; la gallina es cuarta tertia, y el Todo y cuarta segunda, son los nombres de dos hembras.

La primera es consonante; segunda cuat o, una planta, prima tercera en la piel; apellido tertia cuarta negativas, cuarta y tertia, y el Todo es una ave acuática.

**

FUGA DE CONSONANTES

CANTAR

E. u. .a..i. .e .a .o.ía .a. .o. .a.e.e. .o.a.o., .e. .i..o .io. a.e.u.a., .ue .o. .á. .e.o. .u. .a.io.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- M. C. R.—Admitidos.
- P. Q. S.—Sólo el cuento es publicable.
- H. C.—Usted ha tomado á EL PARNASO por la plaza de la Cebada; aquí no se admiten *berzas*.
- Uno de Aranjuez.—¡Váyase usted á freir espárragos!
- T. D. V.—Son admisibles.
- Un aragonés.—Si usted se empeña...
- Claridades.—Usted ha de dar poca luz.
- Máximo.—Muy aceptable.
- Odrizola.—Los epigramas nada más.
- J. M.—Más que bueno, es *clásico*; y siendo de autor novel debe exigirse algo nuevo. No sé si me comprenderá.
- D. P. S.—Será complacido.
- C. C. A.—Es poco original. Cuando mande algo, hágalo en forma. ¿Qué menos que meter la composición en su correspondiente sobre?
- R. T.—Están hechos con soltura.
- Olé.—Entran en turno: es muy posible que los vea usted en el número próximo.
- F. R. R.—Son incorrectos. Puede hacerlo mejor.
- Caraciolo.—Están bien.
- Espronceda.—¡Guasón!
- Pérez.—Ha dado usted en el clavo.
- M. F.—Muy largo y deficiente.
- Montecín.—Me gustan.
- Espronceda 2.º.—¡Vaya una dinastía! Ya se está usted en la desesperación.
- J. J. V.—Hablando del amor dice usted (aparte de otras incorrecciones), y como *frágil, muy frágil*, lo cual es más propio para ponerlo en un bulto... de estación. ¿O también es usted de los que creen que el amor es una mercancía?
- R. S.—Bueno.
- Zeda.—Aprobado.
- Aribas.—Suspense.
- Ka.—¡La horca!
- Tímido.—¿Por qué? La primera es de lo mejor que se ha recibido.
- M. y C.—Muy deficiente, ¡señores!
- D. C. Z.—Con mucha gracia.
- S. U.—Con mucha desgracia.
- Zaldívar.—¡Adelante!
- Cantón.—Muy bien.
- S. R. P.—También se admite.
- T. P.—Es publicable.
- Abur.—¡Horror!
- V. G.—¡Terror!
- Piscis.—¡¡Furo!
- Pinto.—¡¡¡Osado!
- A. C. D.—Hombre, ¡cuánto me gusta!
- Pillín.—Pues tiene gracia.
- D. R. Y.—Con estilo y tal.
- Pucheta.—Los tres primeros cantares muy bonitos; los otros... vamos, que ya no estaba usted en voz.
- Psch.—Todo de maestro.
- Els Valensianets.—Mejor que lo anterior; pero tampoco es publicable.
- C. D. L.—Uno de sus versos dice: «como se troncha la inmortal palmea». Póngase usted de acuerdo con Grilo, y en un mes arrasan todos los bosques de América.
- Z. V.—Se publicará.
- Leonidas.—Queda complacido.
- Arabe.—Con un poco más de prosodia, aguanten algo de sintaxis y mucha ortografía, acaso llegue usted á escribir alguna cosa aceptable.
- R. T. A.—¡Imposible!
- Cantón.—El primero solamente.
- A. B. C.—Dice usted: «¿Qué pienso? ¿A dónde voy? ¿por qué estoy triste? Aquí no lo sabemos».
- R. D.—Queda admitido.
- García.—¿Un artículo de catorce cuartillas (continuará)? Le aconsejamos que haga de dos y una vela por entregos.
- I. F. C.—Muy bien hecho.
- Abad.—Mande lo que guste.
- Advertencia. Sólo publicaremos comunicaciones breves.

Madrid - Imp. de A. Maizo, Posa...

La correspondencia al Director.

SE PUBLICA LOS JUEVES

EL PARNASO

Insertará los trabajos que sean admisibles por su corrección y brevedad.

PERIÓDICO DEDICADO Á LA JUVENTUD LITERARIA

ADMINISTRACION: SANTA CLARA, 2 DUPLICADO

Los señores suscriptores recibirán el periódico con un día de anticipación.

NÚMERO SUELTO, 10 CENTIMOS

SE ADMITEN ANUNCIOS A PRECIOS CONVENCIONALES

"PASTA CISEAUX"

PARA LIMPIAR METALES Y ESPEJOS

DE VENTA EN TODAS LAS DROGUERIAS

AROS NEUMÁTICOS PARA CARRUAJES

Automóviles á petróleo y eléctricos, últimos modelos para 1900.—Bicicletas de las mejores marcas.

Pídanse detalles por correo á D. M. QUIROGA, FERRAZ, 34.

¡GRAN EXITO!

ECONOMÍA DOMÉSTICA

NANON

La mejor y más barata crema alemana para limpiar toda clase de metales.

PÍDASE EN LAS PRINCIPALES DROGUERÍAS

SERPENTINAS, CONFETTI, NOVEDADES

PARA EL PROXIMO CARNAVAL

Carnet para bailes.—Programas.

TODO EN INMEJORABLES CONDICIONES DE CALIDAD Y PRECIO

Dirigirse al representante de la Fábrica, Maldonado, 5. (Barrio de Salamanca.)

VINOS DE JEREZ

DE LA

VIUDA DE CELESTINO BARCA

AMONTILLADO, COLÓN y CARTA BLANCA

CLASES SUPERIORES

SE REMITEN TARIFAS DE PRECIOS

La Biblioteca GERMINAL ha publicado un nuevo libro, que se titula

POLÍTICA SOCIAL

Soluciones positivas de la sociología contemporánea, por

ERNESTO BARK

Se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas. A los *germinalistas*, 1 peseta.

BIBLIOTECA MIGNON Acaba de publicar *Siluetas*, por V. González Serrano, con los autógrafos y biografías de varios escritores españoles.

GRAN FABRICA DE CHOCOLATES

"LA MONTAÑESA"

DE LA

VIUDA DE IGNACIO JIMÉNEZ

EN EL

ASTILLERO (SANTANDER)

Chocolates, desde 1,25 á 4 pesetas libra.—Elaboración especial.—Tareas de encargo.

Se garantiza la buena calidad del artículo, pudiendo el público presenciar las moliendas.

REPRESENTANTES EN TODAS LAS GRANDES POBLACIONES

Depósito en Madrid: Arlabán, 7, pral. izquierda.